

Fausto-pop

1.ª edición, 2025

© Santiago González-Varas Ibáñez

© Guillermo Escolar Editor S.L.
Calle Princesa 31, planta 2, puerta 2
28047 Madrid
info@guillermoescolareditor.com
www.guillermoescolareditor.com

Diseño de cubierta: Javier Suárez

Maquetación: Equipo de Guillermo Escolar Editor

ISBN: 979-13-87789-13-8

Depósito legal: M-14609-2025

Impreso en España / Printed in Spain

Reservados todos los derechos. De acuerdo con lo dispuesto en el Código Penal, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes, sin la preceptiva autorización, reproduzcan o plagien, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, fijada en cualquier tipo de soporte.

Santiago González-Varas Ibáñez

FAUSTO-POP

**Guillermo
Escolar**
E D I T O R
Desclasados

CAPÍTULO PRIMERO

EL SR. PFEFFER-KING

Acudo temeroso y derrumbado a este lugar oscuro y lleno de paz y de misterio. Veo a mi derecha un poderoso Emperador suplicante. A mi izquierda vuela un vampiro. El silencio se hace atronador y las almas de los presentes han caído.

Pfeffer-King nació en la ciudad alemana, capital de Distrito, de Remedingen, en la actual Baden, al suroeste de Alemania. Una ciudad anodina, cerca de Friburgo y de Francia, que presume de ser a veces la más calurosa del país, aunque contradice (la apreciación de buen clima) lo habitual y prolongado del *Glühwein*, o «vino ardiendo» para «refrescarse» en invierno, es decir, de enero a diciembre, aproximadamente.

El padre de Pfeffer-King, Pfeffer-König, era arquitecto. Fue persona sabia que supo conciliar lo profesional con el amor a la cultura y al arte. Queremos decir que llevó esta relación, como es lo suyo, en armonía; no como su hijo, nuestro protagonista, una persona de grandes tensiones personales. No por eso fue —el padre— un «burgués» para el que la cultura fuera un simple complemento de sus facetas personales. No. La cultura era vivida con sentido propio. Era una «persona de cultura». Acabó arrastrado finalmente por el oficio profesional. Uno más. Hizo dos carreras, Filosofía y Letras y Arquitectura, pero este hecho también terminó siendo una anécdota. Siempre fue en su zona de residencia

un arquitecto, solo un arquitecto, un gran arquitecto, aunque en lo personal dedicaba a la cultura horas y horas. En estas ciudades pequeñas la vida se *vive* así.

Mientras que su padre tenía una abuela argentina, «la bella española» la llamaban en la familia, su madre era puramente alemana por los cuatro costados y todos del norte, de la vieja Prusia. Era profesora titular de arte. Jamás expresó un sentimiento la mujer, ni hablando de arte, ni viendo las flores en primavera. Pero se sabía todo acerca el arte virreinal hispanoamericano, su especialidad, hasta el último detalle. Conocía todas las fechas de todas las pinturas importantes, de Cristóbal de Villalpando... Y que Francisco B Herrera nació en Trujillo en 1545 y murió en Lima en 1605... Y que Baltasar de Echave Orio fue un pintor establecido en Nueva España al menos desde 1582, pero no desde 1583 ni desde 1581. Mantuvo una disputa muy relevante con un colega sobre este particular de fechas. Al final los dos colegas discutían por días de diferencia. Nuestra profesora se especializó en los paños al vuelo de la pintura de Luis Juárez, «Ascensión de Cristo», y escribió dos enciclopedias enteras sobre los aludidos paños. Se ofendía cuando alguien hablaba de arte de esa época y lugar, como si fuese algo que a ella le perteneciera. Se sabía todo; y daba gusto oír la en conferencias que impartía como si fuera un tanque.

Los padres, un poco cansados de la cultura, aconsejaron a su hijo algo más práctico. Pero Pfeffer-King heredó de ellos el amor por el arte y la filosofía. Fue una especie de maldición de la que no pudo o supo liberarse nunca. Una especie de demonio que le tuvo atrapado de por vida. Ya le habría gustado a él poder haber sido un práctico más. Sobre todo, viendo sus triunfos como profesional. Pero la maldición de la cultura le perseguiría hasta el final.

Adaptó, Peter Pfeffer-King, la segunda parte de su apellido compuesto, cambiando König por King, ya que en los tiempos

del hijo las cosas sonaban mejor en inglés; en español «El rey de la pimienta». En Alemania, por razones a día de hoy aún desconocidas, el apellido «Pfeffer» (o «Sr. Pimienta») se da más que en otros países.

Para estudiar música no tuvo tiempo Pfeffer-King; porque pasaba horas y horas escuchando sinfonías, conciertos, cuartetos, sin tener tiempo para otra cosa en sus ratos libres, además de leer filosofía, ensayo, poesía y relatos... Quienes puedan hablar de él, lo recordarán de adolescente por las calles de Friburgo siempre con discos y libros en la mano de un lado a otro. En esos tiempos juveniles, sus conversaciones terminaban a modo de debates atormentados, con discusiones metafísicas improvisadas, no exentas de vehemencia y gran apasionamiento. Algunas veces los debates eran demasiado acalorados y no terminaban bien. ¡Con lo fácil que era hablar de otras cosas! Acaba riñendo con personas por culpa de Hegel. ¡Maldita cultura! De no hablar de cosas así, intelectuales, Pfeffer-King permanecía callado y sin tener mucho que decir.

La profundidad a la que llegaba leyendo poesía o escuchando música le empezaba a preocupar. Por ciertas sensaciones personales extrañas. Cuando se adentraba en ese mundo terminaba visualizando un espacio confuso, onírico, algo terrorífico, atractivo, que le arrastraba a un lugar sin límite donde sentía algo así como voces lejanas y atisbos de una posible locura al final del espacio, si seguía avanzando. Todo esto, tan tremendo, podía evitarse fácilmente. Bastaba con apartarse de las lecturas y de las audiciones. Sí, Pfeffer-King sentía el poder de la cultura como una fuerza interior dirigida por el demonio. Solo encontraba sentido en ese espacio misterioso que se abría hacia lo desconocido. El resto, en comparación con estas sensaciones, le parecía anodino. En aquel otro lugar encontraba la tensión necesaria para sentir con interés la existencia.

Maravillado, siempre había un escalón más por donde poder ascender. ¿Ascender? Más bien, parecía lo contrario, un descenso a los infiernos. Pero ascender o descender era aquí lo mismo, algo confuso, a modo de una alucinación con exceso de oscuridad e inestabilidad y pérdida de sentido, una entrada en un vacío no irreal sino material. ¡Qué molestia la claridad! Nada más atractivo que esos oscuros lamentos prolongados, barrocos. Odiaba el clasicismo y el realismo. En cambio, le atraía irresistiblemente lo romántico perturbador, y más aún lo modernista y su gusto por los paraísos artificiales... ¡Ese arte capaz de vencer el hastío! ¡Ese arte... suficientemente oscuro...!

Nada tenía que ver todo esto con un trastorno psíquico, como aquel que por ejemplo sienten las personas que sufren una alucinación como consecuencia de oír sonidos. En el caso de Pfeffer-King, todo esto podía evitarse sencillamente. Era suficiente con no oír ciertas músicas que producían ese efecto con esa intensidad en un determinado estado anímico. Uno podía separarse de este siniestro lugar. Con tal de pararse, desaparecía el problema. Si avanzaba, se dirigía a un lugar placentero y oscuro que parecía la nada. Acaso era un regreso a un tiempo preexistente. ¿Por qué la música precisamente? La pintura solo ocasionalmente. La poesía también; *también* era perturbadora. El relato, *ocasionalmente*. En general, ¿por qué unas obras, del género que fuera, eran capaces de causar este efecto y otras no? También podían sumarse ciertos estados de ánimo particulares del momento. Eso no estaba relacionado con enfermedad alguna. El arte era enfermo en sí mismo. Lo angélico-demoníaco proporcionaba la intensidad necesaria para que las cosas fueran reales. Una vez experimentadas estas sensaciones, Pfeffer-King pretendía convertir la realidad en sensaciones así. Lo que quedaba al margen de ellas carecía de interés. El tedio cotidiano quedaba así vencido. Pero el tedio podía ser también una manifestación del arte.

Qué sería de nosotros si terminara este bello juego infernal. Las visiones son más interesantes con pequeñas dosis de veneno bronco. Los instantes de delirio parecen eternos. Sonríenos, infierno, un estético amor asoma. Engañas como nada. Alucinación de belleza necesaria deslumbra por efecto demoníaco. Del exceso de infierno sale el día. El cielo brilla tenue en la penumbra. Se descubre que lo que arde es bello jardín. La realidad queda abierta. El peso de lo inesperado oscuro juguetea dormido. Y tan cercana la fantasía siempre. El cielo intenta avanzar. Pero a la hora de tomar decisiones los demonios se muestran menos ausentes. Pese a todo, algo acontece, un relámpago sublime. Una perla se suma a la belleza tenebrosa. Las rosas llenas de espinas sirven de corona. Los cánticos infernales quedan quietos como espejos. ¿Duermes, vida, o es solo silencio lo tuyo? Un ruido haciendo anillos conmueve al diablo. Como un ruego maldito surge el amor, un amor estético que necesita de demonios y sensaciones con palabras. Amor en forma de misterio. Cerremos las ventanas por temor a que esto no sea un juego. El cielo intenta explicarse. Brilla, pero pálido. Golpea la luz. Revolotea. Intenta el cielo alcanzarnos. Mentiroso latido de la naturaleza. Domina —en el espacio— algo turbio; en los senderos, la espuma; en las cosas, su parte más inexistente. Insaciable placer loco. Parece no poder terminar nunca la noche. Sin embargo, sobreviene un cielo niebla de enrojecido llanto. Un tiempo negro dilatado grande abovedado; abismo azulado. La divinidad parece magia. No tenemos cabida en este proyecto del mundo hecho a medida de contrarios golpeándose hermosamente. Es un diálogo de cosas maravillosas, envueltas en bello llanto. Como si se enfurece el suelo... Un tropiezo nos hace recordar. Nuestras almas ¿saben todo de nosotros? El viento desierto de la luna nos despierta. Se rompe en pedazos el viento. Éramos de invierno puro. Ojos amarillos viendo colas de estrellas como serpientes. La realidad y nosotros, estamos juntos. Solo pretenderíamos un poco de ayuda para descifrar aquella.

Visitemos ese lugar del horizonte lejano. Tenebrosos barullos de la mente. La música levanta polvo al caminar. Las bellas expresiones escritas se explayan después, creando paisajes.

PFEFFER-KING: La sensación de pérdida de orientación se compensaba con la sensación de belleza y atracción. Tampoco era esto propiamente una droga, *yo* no lo describiría así, sino más bien un avanzar dentro de un estado de quietud permanente; un color cada vez más negro; con cierto temor a perder el control sobre el propio pensamiento, conducta o impulsos; una sensación, eso es, una simple y vulgar sensación. «Vulgar», porque si algo es solo una sensación, es poca cosa. Pero fuera de ella no hay nada de valor. Incluso las frases me importan poco. Solo cuenta la sensación que transmiten. Y el conjunto del relato. ¡Solo una vulgar sensación cuenta, hablando de tan grande tema!

Pérdida de orientación, desconocido, incierto, algo al mismo tiempo estimulante y consolador, como el riesgo inherente a cualquier exploración. Fracaso sin causa.

Al terminar el Instituto en Friburgo, estas sensaciones de temor llevan a Pfeffer-King a descartar la carrera de Filosofía y Letras o también cualquiera de Artes. Observaba con curiosidad a sus amigos que se adentraban en aquellos estudios sin los problemas mentales que en cambio estos a él le provocaban. Pfeffer-King observaba con inquietud aquello que le sucedía. No podía adentrarse en lo culto-oculto de forma convencional; siempre había algo más allá de un límite. Algo que te conducía a un lugar sospechoso, telúrico y maligno. Así es como él leía y escribía, sin parar.